

La importancia de los testimonios

por Alan Kreider



La costumbre en muchas iglesias, donde existe un tiempo durante la asamblea semanal para que las personas hablen y cuenten a todos sus experiencias con Dios, tiene raíces en el propio testimonio bíblico. Bien es cierto que a veces este tiempo semanal se puede descarriar. Hay personas que procurarán servirse de la oportunidad para su propio protagonismo, para expresar sus propias opiniones bajo el manto de lo que «me dijo» el Señor o para contar públicamente cosas sobre terceros, que pueden resultar indiscretas o humillantes. Sin embargo los abusos no deben desanimarnos. Debemos soñar acerca de cómo puede llegar a ser este tiempo para compartir experiencias, a la luz de la historia y de la teología.

También en este número:

Dos testimonios: la diversidad...	3
Me sedujiste, Señor	5
Rehenes que perdonan	6
Noticias de nuestras iglesias	7
El libro de Lamentaciones	8

El tiempo para compartir es una manera de hallar conexión entre nuestras historias personales y la Historia de Dios. «No he escondido tu justicia dentro de mi corazón; he proclamado tu fidelidad y tu salvación; no he ocultado a la gran congregación tu misericordia y tu verdad» (Salmo 40,10 BA). El salmista sabía que contar la actividad de Dios en nuestras vidas es una manera de recordar a la comunidad reunida para adorarle, que Dios sigue activo hoy. La congregación acopia así evidencias de que el Dios que actuaba en tiempos bíblicos sigue actuando hoy. Visto así, el tiempo abierto para compartir puede ser una manera de recuperar la práctica de dar testimonio.

Los orígenes del testimonio se hallan en la Biblia. No sólo en los salmos de acción de gracias sino en los de lamentación: «Mi alma está entre leones» (Salmo 57,4). Jesús observa que la mujer que encontró su moneda perdida quería contarle: «¡Alegraos conmigo!» (Lucas 15,9). En el libro de Hechos, Lucas cuenta que los líderes de la iglesia de Jerusalén corrieron a sus amigos, reunidos

para adorar a Dios, y les contaron lo que les había pasado con los principales sacerdotes (Hechos 4,23).

El testimonio fue importante también para los primeros anabaptistas. En la década de 1530 los anabaptistas suizos se negaron a asistir a las iglesias estatales donde el clero profesional tenía el monopolio de la palabra. Apelando a 1 Corintios 14,26, preguntaban —con referencia a esas iglesias donde sólo hablaba el clero: «¿Quién puede creer o confesar que esa sea una congregación espiritual?» El testimonio también echó raíces en la tradición menonita amish, donde varias personas expresaban su «Doy fe y amén» después del sermón. En lo más profundo de la tradición menonita y anabaptista, está el convencimiento de que la comunidad dará al Espíritu Santo lugar para que haya sorpresas.

Los orígenes del testimonio se hallan en la Biblia. No sólo en los salmos de acción de gracias sino en los de lamentación: «Mi alma está entre leones». Jesús observa que la mujer que encontró su moneda perdida quería contarle: «¡Alegraos conmigo!»

Hoy podemos redescubrir y recuperar la práctica de los testimonios. Propongo tres formas que puede tomar. Las primeras dos son espontáneas y pueden ocurrir durante un tiempo abierto para compartir, que en muchas iglesias es inmediatamente después de la predicación; la tercera forma es el testimonio preparado de antemano, para el que se puede hacer



lugar en otro momento de la celebración semanal.

1ª práctica: Respuestas a la predicación. Esta es una buena costumbre para no desperdiciar la predicación. ¿Qué se supone que deben hacer los oyentes con las predicaciones? ¿Deberíamos tomar apuntes? ¿Deberíamos debatir lo que se nos ha dicho? ¿Podemos, como la práctica habitual de los menonitas de hace un siglo, dar oportunidad para que se dé fe de lo que hemos oído a Dios decir y se diga amén? ¿Podemos hallar alguna manera de relacionar la Historia de Dios, proclamada por el predicador, con nuestras propias experiencias personales y de grupo?

En el tiempo abierto para compartir, se pueden oír testimonios que responden a la predicación. No hace mucho en nuestra iglesia, el predicador explicó Juan 15,1-8, animándonos a permitir que las palabras de Jesús hagan una poda en nuestras vidas para que permanezcamos en la Palabra, viviendo con las Escrituras. En el tiempo para compartir, a continuación, hablaron varias personas; dos de ellas específicamente sobre la predicación. Una estaba visiblemente emocionada al contarnos cómo su padre, que había fallecido hacía poco, descubrió en sus años de adolescencia que al leer asiduamente la Biblia y aprender versículos de memoria, iba sobreponiéndose a la parálisis de las dudas. Otra miembro de la comunidad recordó una época de trauma en su vida, que muchos conocían, cuando la Palabra de Dios la ayudó a superar la crisis.

El propósito del testimonio posterior al sermón es resaltar el mensaje de la predicación, confirmar que Dios ha hablado a la persona que da testimonio, y sugerir que la palabra de Dios, cuando se predica, tiene una conexión estrecha con las experiencias de los oyentes. En las iglesias donde se oyen testimonios de este tipo, es más probable que los miembros recuerden la predicación y se la apliquen a su propia vida. No desperdiciarán la predicación.

2ª práctica: Testimonios espontáneos en un tiempo para compartir. Si se enfoca bien, no se trata de anuncios; son más bien partes de guerra. Dios está haciendo algo de dimensiones históricas y nos ha invitado como individuos y como grupo a participar en su obra. ¿Dónde hemos visto la intervención de la gracia divina? ¿Dónde clama el mundo en su dolor y miseria? ¿Dónde podemos reconocer principados y potestades, aparentemente inamovibles, que necesitan abandonar sus tronos por la obra de Cristo y el testimonio del pueblo de Cristo?

Si a veces se descarría el tiempo para compartir, puede ser un reflejo de la experiencia social limitada de los miembros de la iglesia. Hay iglesias donde la mayoría de los miembros viven vidas protegidas y seguras, hasta tal punto que lo único que les preocupa es su propia salud, el único aspecto de sus vidas que no controlan. Ahí está su punto de ansiedad y esas son las oraciones que piden. Pero en cuanto nuestras iglesias abandonan lo seguro y se involucran en las necesidades del prójimo y de la iglesia a escala mundial, descubrimos que hay otras cosas sobre las que compartir y orar. Seguiremos oyendo el clamor de: «¡Auxilio, Señor!», pero también oiremos: «¡Alegraos conmigo!»

Hace poco en el tiempo de compartir de nuestra comunidad, se escucharon los siguientes temas de testimonio y preocupación: Una madre contó sobre la enorme complejidad de su vida, que Dios la está ayudando a sobrellevar; un miembro alabó a Dios porque se habían abierto las puertas para un ministerio de voluntariado en acción social y pedía que ahora Dios pusiera los voluntarios necesarios; un

El propósito del testimonio posterior al sermón es resaltar el mensaje de la predicación, confirmar que Dios ha hablado a la persona que da testimonio, y sugerir que la palabra de Dios, cuando se predica, tiene una conexión estrecha con las experiencias de los oyentes. En las iglesias donde se oyen testimonios de este tipo, es más probable que los miembros recuerden la predicación y se la apliquen a su propia vida. No desperdiciarán la predicación.

niño de once años contó su experiencia de encontrar varias bolsas de marihuana cuando volvía del colegio; una profesora pidió oración para el instituto donde enseña y los ajustes que había que hacer debido a la inmigración; otro miembro pidió oración por su suegra, a la que había que operar.

Después de escuchar todo esto, me sentí lleno de energía. Dios está vivo en medio de las realidades de nuestras vidas. Como respuesta a cada una de estas cosas, el anciano que presidía la reunión guiaba a la congregación a responder con las palabras «¡Damos gracias a Dios!» o «¡Señor, escucha nuestros ruegos!», según el caso. Al acabar el tiempo de compartir, el pastor volvió a levantar estas diversas inquietudes ante Dios en una oración llena de esperanza y gratitud.

3ª práctica: Testimonios preparados. Hace poco leí un libro escrito por una pastora de una iglesia en el este de Estados Unidos.¹ Allí contaba cómo recobrar la antigua costumbre de los testimonios contribuyó al crecimiento de su iglesia, tanto numéri-

¹ Lillian Daniel, *Tell It Like It Is: Reclaiming the Practice of Testimony* (Alban Institute, 2006).

camente como en su vitalidad espiritual. La práctica de contar testimonios empezó durante la sesión que dedicaban cada año a examinar el estado de las cuentas de la iglesia, cuando invitó a varias personas a contar cómo su fe incidía en su capacidad para dar. Luego se extendió la práctica a las reuniones de domingo. Con el tiempo, los miembros esperaban con interés escuchar cada semana la experiencia de fe de alguien. La pastora exigía que se siguiese una única regla: cada testimonio debía mencionar expresamente a Dios. Poco a poco los miembros de la iglesia aprendieron cómo hablar acerca de la presencia de Dios en sus vidas. Posteriormente, esto empezó a incidir en otros aspectos de la vida de la iglesia. Por ejemplo, si no es posible que haya «testimonios sin Dios», tampoco es posible que haya «anuncios sin Dios».

Si existimos los cristianos, es por la obra de Dios en Cristo. Experimentamos a Dios de diversas maneras. Y crecemos en la fe conforme vamos aprendiendo a hablar acerca de nuestras experiencias con Dios, y a escuchar las experiencias de otros. Según algunas encuestas recientes, a los cristianos de hoy día les da mucho pudor hablar acerca de Dios. Tenemos que aprender a expresar con más claridad nuestra fe. Conozco una iglesia menonita donde sucedió algo parecido a lo contado en aquel libro. Cuando las personas empezaron a contar en público sus experiencias con Dios, aumentó la asistencia. Puede que nos cueste hablar acerca de Dios, pero tenemos hambre de Dios. Un testimonio de cinco minutos en medio del culto dominical, donde cualquier «persona normal» puede contar lo que

Dios está haciendo en su vida, puede ayudar a encarrilar la iglesia.

Mi sueño es que tengamos iglesias donde los miembros aprenden a hablar acerca de Dios. Mi sueño es que volvamos a descubrir el valor de los testimonios. Y creo que un tiempo en nuestras reuniones abierto a que hable cualquiera —siempre que mencionen a Dios— puede ser un factor importante. Contar testimonios es una práctica de espiritualidad donde se puede dar el ejemplo, enseñar y aprender. Glorifica a Dios y puede contribuir a que la iglesia esté bien encarrilada. Nos puede comunicar la presencia transformadora de Dios.

—traducido por D.B., con permiso para *El Mensajero*, de *The Mennonite*, 7 noviembre 2006, pp. 8-10.

Dos testimonios: la diversidad de la experiencia cristiana

En treinta y pico años de convivencia, Connie y yo hemos observado a veces con frustración, normalmente con humor y admiración del Señor, lo distinta que puede ser la espiritualidad de dos personas que aman y sirven a Dios. Jamás se nos ha pasado por la cabeza cuestionar la experiencia ni la visión del cristianismo que tiene la otra persona. Pero está claro que nuestras maneras de vivir la relación con Dios, sin dejar de tener muchos puntos de contacto, reflejan también nuestras diferencias de temperamento.

Para esto también sirven los testimonios, para estimularnos a cada cual a buscar su propia forma auténtica de vivir la fe cristiana... —D.B.

El Señor es mi Roca y mi Refugio

Cuando tenía unos veinte años y estudiaba en Estados Unidos, me propuse escribir una novela en inglés, de la que completé algo más que doscientos folios pero que abandoné cuando el año siguiente volví a Argentina.

Narraba el viaje de un anciano con larga barba blanca, que junto con una niña de cinco años —que encuentra inexplicablemente en medio del desierto— atraviesa el desierto y una cadena de montañas, impulsado por sueños hacia La Roca. La Roca era un inmenso monolito: un cubo perfecto de cien metros de lado, en el que, en la mismísima veta de la piedra, había palabras que recorrían con letras no muy grandes la superficie de todas las caras del cubo, conformando un texto maravilloso, millones de palabras. Según sus sueños y visiones, aquel anciano entendía que en La Roca hallaría el sentido de la vida.

La novela arrancaba con una frase de la Biblia, con la siguiente metáfora acerca de Dios:

Porque la roca de ellos no es como nuestra Roca (De 32,18 RV60).

[sigue en la página 4]

Mi camino es buscar el rostro de Dios

La vida cristiana es para mí verdaderamente el camino, un seguimiento continuo y un peregrinaje lleno de asombro. Es el andar diario siguiendo a Jesús, compañero de espíritu. El destino es la ciudad eterna donde él reinará sobre todos los que llegamos. Allí veremos el rostro de Dios sin filtros, sin estorbos. Nunca he encontrado que el camino sea fácil, más que nada porque perseverar es durísimo. Pero nunca me encuentro tan feliz como cuando comparto este camino con otros, viendo en ellos algunos destellos del rostro de nuestro Padre Dios. Porque no es un andar en solitario sino en compañía de muchos amigos. Aunque a veces nos encontremos apartados o discutiendo o agobiados o caídos en un barranco, el gozo vuelve a nuestros huesos cuando volvemos a poner nuestros ojos en la dirección deseada y volvemos al camino.

¡Con cuántos cruces nos encontramos! En el afán de cada día muchas veces me tuerzo y acabo yendo en una dirección equivocada, especialmente cuando siento la necesidad de satisfacer alguna de mis debilidades.

[sigue en la página 4]

El Señor es mi Roca y mi Refugio [viene de la página 3]

Toda mi vida he necesitado que Dios fuese mi Roca, mi Refugio, ese lugar inmovible donde me siento seguro, donde la tierra no se mueve, donde puedo echar mis raíces y no ser jamás arrancado, pase lo que pase. Esta necesidad de un Lugar Estable para mi vida es tan fuerte, que con sólo escribir estos renglones me embarga la emoción y se me agarrota la garganta.

Tenía quince años cuando me di cuenta que creer en Dios era una cosa irracional, que todas las verdades que había creído hasta entonces, podían ser ciertas o no; pero que no había ninguna manera de saberlo. Supe que Dios era una invención de hombres débiles e irracionales para justificar sus construcciones morales y dar sentido a sus vidas. Entendí que no había argumentos que pudieran convencer siquiera de la existencia de Dios, ni qué hablar de saber a ciencia cierta — incluso aunque Dios existiese— cómo es él ni cuál su Voluntad. Con ese conocimiento sentí a la par una profunda desazón ante el sinsentido de la vida. Había un vacío enorme allí donde desde la niñez había aceptado de mis padres que mi vida estaba en las manos de mi Creador.

Apesadumbrado, antes de acostarme esa noche me arrodillé junto a mi cama —pues era esa mi costumbre, para orar antes de dormir— y dije: «Dios, sé que no existes. Pero por si acaso existieses a pesar de que me doy cuenta que no, supongo que tendrías que poder hacer saber a un chico de quince años que sí existes. Aquí estoy yo, entonces, a la espera, a ver qué pasa...»

No pasó nada y pasó todo. Alcé los ojos y vi por la ventana el jardín nevado de nuestra casa iluminado por la luna. Sentí que me invadía una paz, un sosiego, una tranquilidad de mente y de espíritu que no tiene descripción. Me acosté con una sonrisa en los labios y dormí profundamente. Mis pies habían pisado sobre sólido: sobre la Roca eterna, tan firme, tan fuerte, tan estable que ninguna de las tormentas de la vida me arrancarían de ella.

A veces oigo exhortaciones de que hay que «buscar a Dios» y promesas de que siempre hay algo más por conocer y descubrir en nuestra experiencia de Dios. Pero, curiosamente, yo tengo la sensación de que el que estaba perdido era yo y el que me buscaba era Él, hasta que me encontró y puso mis pies sobre firme, para nunca jamás abandonarme.

A veces oigo advertencias de que nuestro culto de este domingo no sea «una reunión más»; pero eso es precisamente lo que yo busco y necesito: Una reunión más, otra pausa semanal en el transcurso de mi vida, que semana tras semana y año tras año va desgranando lo que es vivir con Dios en medio de mi comunidad. Yo no quiero sorpresas, aunque frecuentemente las vivo y a veces me hacen muy feliz; no busco emociones fuertes, aunque frecuentemente me sorprenden y muchas veces son bellísimas. Lo que de verdad quiero es que cuando mi alma haya volado hacia su Creador, se diga de mí que fui constante y fiel hasta el final.

Mi pecado personal, a la vez que mi castigo, es la ansiedad. Por eso La Roca es mi salvación.

—Dionisio Byler



Mi camino es buscar el rostro de Dios [viene de la página 3]

¡Hay tantas maneras de apartarme de mi empeño por no perder de vista el perfil del Señor! ¡Menos mal que el trayecto pensado para cada día es corto y tengo tiempo para volverme, para recapacitar y descansar o para compartir la experiencia con otros! Incluso hay tiempo para celebrar nuestra vivencia con los que nos rodean en el momento.



El mejor mapa o guía ilustrada de viaje que tengo es la Palabra. Realmente la vivo como una carta personal escrita para mi, porque aunque no vea siempre a Jesús, puedo confiar en las palabras de su corazón. Lo que él ha dicho con respecto al camino es lo que más necesito recordar. Esto es difícil porque en el momento preciso de la exigencia mayor, me brotan pensamientos salidos de mi frágil carnalidad. Hay momentos que no veo más allá de la dificultad. Quisiera ser un águila para volar alto y verlo todo desde otra perspectiva, contemplando la belleza del inmenso itinerario divino... y hasta el destino final. Encuentro que la alabanza y la adoración hacen eso: ponen alas a mi corazón y

hacen mucho más ligeros mis pasos.

¡Qué bueno es saber que aunque no siempre lo vea, ahí va Jesús por delante! No sé cómo, pero hay días que consigo acercarme tanto a él que me llena de gozo vislumbrarle, aunque desde la distancia. Yo sé que él siempre escucha mi voz y conoce mis pensamientos, como a todos. Pero también algunas veces me ha buscado entre las multitudes, me ha tomado de la mano y se ha sentado conmigo a solas a la sombra de los árboles para recordarme cosas que necesitaba volver a escuchar. Siento que su increíble amor por mi es lo que me sigue motivando a seguirle, y me avergüenzan mis temores y mis quejas. Mi corazón necesita ánimo y valor y me lo

dan sus palabras. Escucharle es vital.

Mi camino es buscar el rostro de Dios. Ahora le conozco en parte, pero un día le conoceré como realmente es. Si le busco no es por temor a perderle de vista sino porque confieso que mi vida se llena de tantos afanes y quehaceres, que es muy fácil alejar mi corazón de mi verdadera razón de ser. Quisiera que él esté cerca de todo lo que hago a lo largo del día, pero especialmente en esos cruces del camino cuando hablo con personas heridas que van en direcciones equivocadas. Quisiera allí mismo que vieran a Jesús, invitándoles a seguirle también. Es realmente emocionante ayudar a otros a subir al camino cuando por fin lo descubren.

Cada día volveré a decidir lo que quiero hacer con mi vida, a entregar mi corazón al camino de la vida siguiendo a Jesús. Quisiera mantenerme fresca y llena de la alegría de su presencia, del calor amoroso de su espíritu, cargada de agua pura y fresca que él da para quitar la sed. Pero soy más bien como una tinaja rajada, que es necesario volver a llenar continuamente. Sin embargo, como me escribió alguien hace poco: Si miramos atrás, gracias a las grietas por las que se nos escapa el agua, hemos ido regando semillas de flores que Dios puso en el camino y podremos admirar las muchas flores que él puede ver.

—*Connie Bentson Byler*

Reflexiones sobre la naturaleza de la Iglesia

Me sedujiste, Señor

por Plácido Ferrándiz

Me sedujiste, Señor... (Jr. 20, 7)

—Doy gracias a Dios por tantos hermanos mayores en la fe que con su trabajo me han ayudado a cuestionar mis caminos, me han ido abriendo un nuevo conocimiento de los propósitos de Dios, me han llamado a conversión, y me han estimulado a vivirlos con entrega y pasión. La lista es amplia, e incluye hermanos de diferentes confesiones y denominaciones, algunos viven entre nosotros.

Hubo una etapa en que mi deseo de compromiso con la justicia, la paz y la fraternidad en el mundo me fueron alejando del aparato eclesial de mi iglesia católica. Pero también me fue alejando de ciertas dimensiones del Evangelio que no encajaban en el mundo activista.

Gracias al Señor y a estos hermanos, fui descubriendo una visión de la Iglesia en la que se recogían todas aquellas aspiraciones y se revitalizaban esas dimensiones de la fe que se me iban desdibujando. Fue para mí un rescate, un alivio, y una conversión.

Hablo de la iglesia como el espacio creado por Dios en la historia para iniciar la renovación del mundo, para restaurar el Shalom en su Creación rota por el Pecado. El espacio donde el ser humano va siendo sanado de sus

heridas y liberado de sus angustias, miedos y esclavitudes. Hablo de ese nuevo orden social-económico-político, gobernado por Dios a través de su Mesías, donde van desapareciendo las injusticias, las desigualdades sociales, las relaciones de dominación, los necesitados, las víctimas, los excluidos, la destrucción de la naturaleza. Esa nueva sociedad donde queda desterrada la violencia en cualquiera de sus formas, con poder para el servicio desinteresado, el perdón y el amor a los enemigos. Ese mundo en el que se va haciendo presente la misma Vida de Dios, porque la gente deja de vivir cada uno para sí mismo, y dan la vida los unos por los otros; donde sin dejar de ser diferentes, llegan a ser una sola cosa por el amor.

Hablo del Pueblo de Dios, que se convierte así en sal que conserva la tierra de su corrupción, en luz que ilumina sus pasos, en ciudad sobre el monte donde las demás naciones puedan aprender los mandatos vivificadores de Dios y la paz que de allí fluye como un río.

Hablo del Pueblo de Dios como el Siervo Sufriente, perseguido y triturado por su testimonio, porque es insostenible para el orden presente regido por Mammón, príncipe de este mundo, pero cuyas heridas y sufrimiento



traen la salud y la justicia a todos.

Hablo, en fin, de la iglesia como embajada en el presente de la futura Ciudad de Dios que está viniendo al mundo: la Nueva Jerusalén, en la que Dios y la Humanidad convivirán en armonía, Él enjugará las lágrimas de sus ojos, ya no habrá muerte ni luto ni llanto ni dolor, pues lo de ahora habrá pasado, y todo será hecho nuevo.

—Eehhh! ¿Ande vaaas? ¡Paaraaa el carro! ¡¡Despierta, chico!! Baja de las nubes, pisa tierra, que la realidad es otra cosa. Ya conocemos el ideal, y nos gusta a todos, pero hay que contar con nuestra frágil condición humana, con tantas limitaciones... Hacemos lo que podemos, ya vivimos algo de eso, y damos de sí lo que damos. Como andes buscando la iglesia perfecta te vas a dar un morrazo...

—Sí, ya lo sé, si no digo ná. Pero es que estoy seducido por esta visión. A veces me parece que ando a medias con Dios y con el Mundo, y no acabo de disfrutar ni de lo uno ni de lo otro. ¿No os apetece arriesgar más con tal de saborear un poco mejor desde ahora los dinamismos del Mundo Venidero? ¿Y si como aquellos exploradores que envió por delante Moisés a la Tierra Prometida, algunos nos adentramos un poco más en ella, para poder mostrar al resto de nuestros hermanos sus riquezas? Puede ser un fracaso —no creo que Dios se enfade—, pero también podemos hacer un gran servicio poniendo los dientes largos a los demás para que se animen.

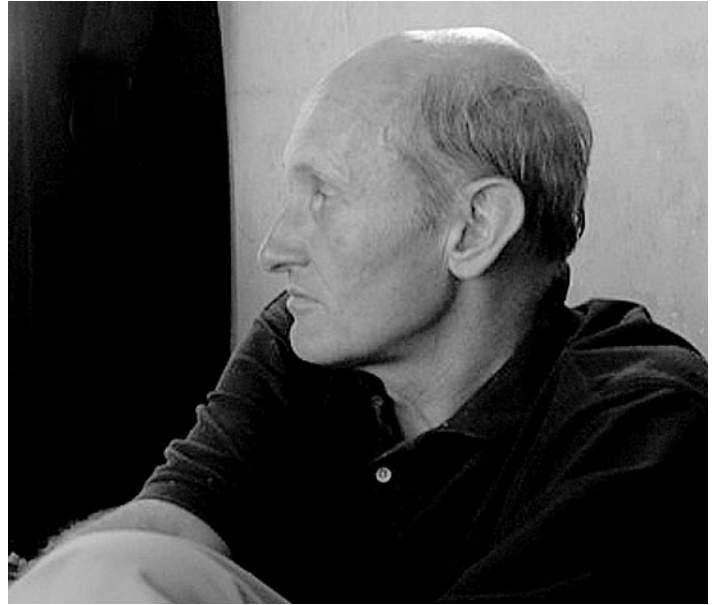
Al que puede hacer mucho más sin comparación de lo que pedimos o concebimos, con esa potencia que actúa eficazmente en nosotros, a él dé gloria la Iglesia con el Mesías Jesús por todas las generaciones, de edad en edad. Amén. (Ef 3, 20-21)

Rehenes que perdonan a sus secuestradores

por Robert Rhodes, en *Mennonite Weekly Review*, 8 diciembre 2006

Tom Fox, activista a favor de la paz en Irak asesinado por sus secuestradores en marzo 2006.

(Foto de octubre de 2005.)



Londres — Tres activistas de *Equipos Cristianos de Acción por la Paz* (ECAP) que fueron tenidos como rehenes en Irak durante 118 días, dijeron el 8 de diciembre que les estaba costando decidir si testificar contra los cuatro hombres acusados de secuestrarles y de asesinar al activista estadounidense Tom Fox.

James Loney y Harmeet Singh Sooden, ambos de Canadá y Norman Kember, del Reino Unido, dijeron que perdonaban a sus secuestradores y preferían que se emprendiese un camino de reconciliación en Irak. Hablaron en una rueda de prensa que mantuvieron en la iglesia de Santa Ethelburga, que hace años sufrió un atentado con explosivos del IRA (Ejército Republicano Irlandés) y que ahora es un centro de actividades para la paz.

Loney, Sooden, Kember y Fox fueron secuestrados en Bagdad el 26 de noviembre de 2005, por un grupo que se denomina Brigada de Espadas por la Justicia. Fox fue hallado muerto de bala el 10 de marzo. Los otros tres fueron liberados por comandos ingleses el 23 de marzo.

«Entendemos que algunos hombres que se alega fueron nuestros secuestradores han sido arrestados y acusados de secuestro y que serán

juzgados en el Tribunal Criminal Central de Irak» —expresaron los antiguos rehenes en una declaración que distribuyeron el 8 de diciembre. «Perdonamos incondicionalmente a nuestros secuestradores. No deseamos castigarlos. El castigo jamás nos podría devolver lo que nos quitaron».

Los antiguos rehenes expresaron que son demasiadas sus dudas acerca de la justicia del tribunal que juzgará a los acusados de su secuestro, como para sentirse dispuestos a participar en el juicio. También pidieron que se trate con indulgencia a los acusados, que podrían enfrentarse a la pena capital bajo la legislación iraquí.

«Lo que hicieron al tomarnos como rehenes fue una maldad» —afirman en su declaración. «Nos causaron a nosotros, a nuestras familias y amigos, un sufrimiento indecible. Pero no les deseamos ningún mal y no buscamos ninguna retribución. Si los que han sido acusados de nuestro secuestro son juzgados y hallados culpables, rogamos sean tratados con toda la indulgencia que sea admisible. Renunciamos categóricamente a cualquier derecho que se nos pueda atribuir sobre el futuro de nuestros secuestradores».

Los antiguos rehenes aprovecharon la ocasión para denunciar la violencia que continúa a diario en Irak.

«En nuestra opinión, los niveles catastróficos de violencia y la carencia de protección eficaz de los derechos humanos en Irak, están directamente vinculados a la invasión y ocupación que encabeza Estados Unidos» —continúa la declaración. «Así como en muchos otros casos, las acciones de nuestros secuestradores fueron parte del ciclo de violencia que ellos mismos también padecían. Aunque esto desde luego que no justifica lo que se alega que hicieron los hombres acusados de nuestro secuestro, es nuestro sentir que debería influir en la sentencia si son hallados culpables».

La declaración también cita las enseñanzas sobre la paz en el cristianismo, el Islam y la religión sikh. Sooden es de ascendencia sikh.

«Por el poder del perdón, es nuestra esperanza que [en el futuro] procedan buenas obras de las vidas de nuestros secuestradores y que todos podamos aprender a rechazar el recurso a la violencia. Creemos que los que recurren a la violencia contra otros, sufren también a causa de la violencia».

Los antiguos rehenes también hablaron en contra de la pena de muerte, que según ellos «borra toda posibilidad de que los que han hecho el mal contra el prójimo, incluso salvajemente, puedan un día aprender a hacer el bien».

La rueda de prensa se celebró exactamente un año después de la fecha del primer plazo anunciado por los secuestradores, para que se pusiera en libertad a todos los prisioneros iraquíes en las cárceles de la coalición de ocupación. Los secuestradores amenazaban asesinar a los rehenes si no eran liberados todos los iraquíes que estaban detenidos.

—traducido por D.B. con permiso para El Mensajero.

Noticias de nuestras iglesias



Un pacto de iglesia

Madrid y Hoyo, 13 diciembre — El retiro en Alcalá durante el pasado fin de semana fue de mucha bendición para todos los que pudimos participar en él. Sentimos la guía y el ánimo de Dios para nuestra iglesia. Al final, pudimos firmar un documento, un «pacto de iglesia», que resume lo que allí experimentamos. El documento entero se puede leer en <http://www.anabautistas.org/pactodeiglesia.pdf>.

Algunos puntos sobresalientes:

- Cristo es el centro y quien dirige nuestra iglesia.
- Formamos círculos de esperanza, en los que vivimos las relaciones fundamentales de los creyentes (hacia arriba, hacia dentro de uno mismo, entre nosotros mismos, hacia el mundo), donde practicamos el *mentorado* de unos a otros para capacitarnos para servir mejor.
- Decidimos llevar vidas de alabanza, adoración, y oración, reservando un tiempo fijo para escuchar al Señor, para interceder unos por otros, para practicar la liberación y la sanidad interior.
- Buscamos llevar vidas transformadas por el Espíritu Santo, en permanente santidad de vida, sirviéndonos unos a otros, siendo radicales, pero evitando la religiosidad y el legalismo.
- Dios nos envía a ser agentes de cambio en el mundo, buscando alcanzar a los no creyentes, practicando la no-violencia en nuestras vidas personales y comunitarias, y defendiendo la causa de los menos afortunados.

Cena de Navidad

Burgos, 9 diciembre — Nuestra Comunidad celebró su tradicional Cena de Navidad, esta vez acompañados de hermanos de otras iglesias evangélicas de la ciudad. El evento fue en el comedor de la Universidad, porque nuestro local ya se nos queda pequeño para este tipo de actividad.



Los libros de la Biblia

Lamentaciones

Tres poemas de horror y pasmo constituyen la columna vertebral del libro de Lamentaciones.

Los capítulos 1, 2 y 4 (de los cinco que contiene el libro) empiezan con la exclamación «*Ejá*», que es a la vez el título del libro en hebreo y que significa, aproximadamente: «¡Cómo...!» Es una palabra que expresa incredulidad, la incapacidad para encajar el suceso que se intenta describir, la imposibilidad de comprenderlo. La caída y destrucción de Jerusalén y del Templo que un día había llenado la gloria del Señor —la crueldad de los sufrimientos padecidos durante el asedio y la violencia y carnicería del ataque final— significan para los judíos el fin de una era.

En cierto sentido es *el fin del mundo*, un mundo donde se podía confiar que el Señor moraría eternamente en Sion y que la dinastía de David reinaría para siempre, conforme a las promesas divinas que había escuchado su fundador. Si la descendencia de David se había prometido tan duradera como el mundo mismo, entonces su derrota y desaparición —y la quema y destrucción total del Templo del Señor— equivalen, efectivamente, al fin del mundo. El futuro a partir de ahora, entonces, es un futuro más allá del mundo conocido hasta aquí. Nada tiene que ver con el mundo «normal», con sus promesas, su Dios y su estabilidad. Este mundo nuevo es un infierno que nada tiene que ver con las promesas de prosperidad y gloria, nada tiene en común con el beneplácito divino que los pobladores de Jerusalén habían creído su privilegio eterno.

Uno de los rasgos interesantes de estos poemas de horror y lamento por la desaparición del mundo «normal» conocido hasta entonces, es la feminización de la ciudad. Es un tema que nos obliga a considerar la distancia en el tiempo y en las ideas fundamentales sobre la vida, que existe entre el mundo bíblico y el nuestro. La ciudad, cuyas murallas habían sido penetradas por la fuerza, sugería a la imaginación la idea de una mujer violada; y desde

luego el ejército invasor, con su envidiada fuerza arrolladora, se entiende masculino y viril. La ciudad penetrada ha perdido su honor. El ejército penetrador, al contrario, gana honor y gloria con una victoria que ha demostrado su virilidad. La feminidad y masculinidad, entonces, no eran conceptos neutros sino que llevaban parejos la debilidad e inconstancia moral —la culpabilidad— en el caso de la mujer; la virtud, constancia y rectitud, en el caso del varón. Concebida la virginidad femenina como un bien absoluto, cuya pérdida a destiempo supone una mancha permanente en la honra de una chica y de toda su familia, en estos tres capítulos medulares de Lamentaciones, la población entera de Jerusalén queda feminizada y culpabilizada en última instancia de su «penetración», que la privará para siempre jamás de la honra de una casta virginidad.

Sin embargo los otros dos capítulos de Lamentaciones contienen reflexiones que ayudan a sobrellevar la gravedad de lo ocurrido. Por lo menos, contemplan la posibilidad de un futuro aceptable, ofreciendo así una pequeña chispa de esperanza y por tanto de consolación.

En los capítulos 3 y 5, entonces, el autor ha recuperado la masculinidad de su perspectiva. Quizá sea porque aquí no parece que tengamos ya la inmediatez de la batalla y destrucción de Jerusalén y su Templo, sino el testimonio de un pueblo que lleva ya cierto tiempo desarraigado, desperdigado por el mundo y rememorando su terrible derrota. Aunque esta condición es también triste, no es tan desesperada como el día después de la batalla. Entonces, aunque el Señor sigue poniendo trabas a la prosperidad y la paz de su pueblo, ya es posible recordar que es también misericordioso y fiel. «*Porque no rechaza para siempre el Señor, antes bien, si aflige, también se compadecerá según su gran misericordia*» (Lm 3,31 BA). Es ya posible afirmar también que «*tú, oh Señor, reinas para siempre, tu tro-*

no permanece de generación en generación» (Lm 5,19 BA). Lo cual indica haber caído en la cuenta de que el trono del Señor siempre ha estado en el cielo y no en ninguna ciudad ni ningún templo.

[El libro de Lamentaciones es anónimo. Tradicionalmente se ha atribuido a Jeremías, contribuyendo así a su fama como «el profeta llorón». Pero el libro de Jeremías es muy distinto a Lamentaciones; aquel es un libro lleno de esperanza y promesa a pesar de sus circunstancias trágicas, éste es de una tristeza incandescente.]

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de la AMyHCE (Asociación de Menonitas y Hermanos en Cristo en España).

c./ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)
Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de la AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita por las Iglesias de la AMyHCE.

www.menonitas.org